

# ESPAÑA Y SU EDAD MEDIA

Un mosaico de culturas, religiones  
y reinos

JORDINA SALES-CARBONELL

Shackleton  
— b o o k s —

*España y su edad media. Un mosaico de culturas, religiones y reinos*

© Jordina Sales-Carbonell, 2025.

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2025.

Shackleton  
— b o o k s —



@Shackletonbooks

shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Fotografía de cubierta: Shutterstock

Diseño: Kira Riera

Maquetación: reverté-aguilar

© Ilustraciones y fotografías: pp. 24-25, 72-73 y 126 (archivo Emse-Edapp),  
p. 32 y 131 (Shutterstock), pp. 63, 78 y 139 (CC BY-SA 3.0).

Depósito legal: B 13584-2025

ISBN: 978-84-1361-354-3

Impreso por EGEDSA (España)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

|                                                                                                                                                     |           |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------|
| <b>El concepto de Edad Media</b>                                                                                                                    | <b>5</b>  |
| Culturas y religiones en la península ibérica medieval                                                                                              | 9         |
| Apuntes cronológicos                                                                                                                                | 11        |
| Algunos nombres propios del medievalismo hispano                                                                                                    | 13        |
| <b>Un cambio de paradigma: la llegada del islam<br/>a los confines de Occidente</b>                                                                 | <b>17</b> |
| Nacimiento y expansión del islam                                                                                                                    | 17        |
| La llegada del islam al Occidente posromano:<br>del norte de África a Poitiers                                                                      | 26        |
| Años finales de un reino visigodo en horas bajas                                                                                                    | 32        |
| La batalla de Guadalete y la conquista efectiva<br>de la península ibérica                                                                          | 34        |
| <b>Configuración de al-Ándalus y primeras acometidas<br/>de los cristianos del norte</b>                                                            | <b>39</b> |
| Un emirato dependiente de Damasco                                                                                                                   | 47        |
| La ruptura: al-Ándalus, emirato independiente                                                                                                       | 50        |
| Fases del nuevo emirato independiente                                                                                                               | 56        |
| Los primeros reinos cristianos del norte                                                                                                            | 65        |
| La intervención carolingia: los condados<br>de la Marca Hispánica                                                                                   | 75        |
| <b>El nuevo milenio: el esplendor y la caída del califato<br/>de Córdoba (929-1031) frente al triunfo del<br/>feudalismo en la órbita cristiana</b> | <b>83</b> |
| El porqué del surgimiento de un califato en<br>al-Ándalus                                                                                           | 83        |

|                                                                                  |     |
|----------------------------------------------------------------------------------|-----|
| El efímero, pero esplendoroso, califato de Córdoba                               | 86  |
| La nueva ciudad califal: Medina Azahara                                          | 92  |
| La fitna, el final del califato y el surgimiento<br>de las taifas                | 94  |
| Apuntes sobre la sociedad andalusí                                               | 95  |
| Consolidación de los entes cristianos                                            | 103 |
| <b>El sorpaso cristiano: reinos, condados y nuevas coronas.</b>                  |     |
| <b>Intentos de recuperación de almohades y almorávides</b>                       | 113 |
| Los almorávides (1086-1146)                                                      | 119 |
| El intento de restauración de los almohades                                      | 122 |
| Avance y configuración definitiva de los poderes<br>cristianos                   | 124 |
| El Reino de Navarra y el florecimiento del Reino<br>de Aragón                    | 127 |
| Los condados catalanes y la formación de<br>la Corona de Aragón                  | 133 |
| El nuevo Reino de Portugal                                                       | 142 |
| La unión de los Reinos de Castilla y León:<br>la Corona de Castilla              | 144 |
| <b>Final de la Edad Media hispana e imposición de<br/>la hegemonía cristiana</b> | 151 |
| La crisis del siglo xiv y la llegada de la peste negra                           | 151 |
| La unión dinástica entre las coronas castellana<br>y aragonesa                   | 153 |
| El reducto islámico: el reino nazarí de Granada                                  | 157 |
| La expulsión de los judíos                                                       | 161 |
| <b>Epílogo</b>                                                                   | 165 |
| <b>Bibliografía</b>                                                              | 167 |

## El concepto de Edad Media

Edad Media, cuando menos en Europa, es el nombre que recibe un periodo cronológico relativamente reciente de la historia de la humanidad que se ubica entre el final de la Antigüedad y los inicios de la Era Moderna (*grosso modo*, entre los siglos V y XV; es decir, entre la caída del Imperio romano de Occidente en el año 476 y el descubrimiento europeo de América en 1492). Hablamos, pues, de un marco temporal aproximado de mil años, donde, a su vez, se suceden etapas diferenciadas a la par que se solapan episodios, culturas y religiones diversas y, a menudo, contrapuestas.

La semántica de su nombre tampoco es casual: Edad Media, la «edad que está en medio». Pero ¿en medio de qué? ¿Quién decidió este nombre y definió este concepto? La explosión de la Edad Moderna en el siglo XVI coincidió con el momento álgido del Renacimiento, un movimiento cultural, artístico e intelectual originario de la Italia del siglo XV que tenía como objetivo situar al hombre [*sic*] en el centro del universo en tanto que medida de todas las cosas, pues

cuando los humanistas del Renacimiento echaban la vista atrás solo veían una sociedad teocrática que, en esencia, había sustituido la razón por la teología y en la que todo gravitaba en torno a un Dios único (ya fuera el judío, el cristiano o el musulmán). Así pues, el proyecto intelectual renacentista se vio obligado a remontar hasta el pasado grecorromano para, en cierto modo, hacer un hueco a la humanidad, desplazando a un Dios omnipresente que había caracterizado esta etapa intermedia o «edad del medio» (según los renacentistas, lúgubre y oscura) que se extendía entre el final del mundo clásico y el nuevo «renacer» de la humanidad.

De este modo, la Edad Media fue concebida como una etapa de paso, unos tiempos que había que olvidar, como ya había adelantado el propio Petrarca, quien, aun viviendo dentro de esta edad intermedia —aunque ya en su fase final— anhelaba salir de ella cuanto antes y retornar a la gloria de la Antigüedad clásica, prefigurando así lo que será el Renacimiento:

Hubo una edad más afortunada y probablemente volverá a haber otra de nuevo; **en el medio**, en nuestro tiempo, ves la confluencia de las desdichas y de la ignominia.

PETRARCA, *Epistolae familiares*, VI, 2

Pasado el Renacimiento, el término Edad Media quedó fijado definitivamente en el siglo XVIII (Siglo de las Luces), lo que acabó de consolidar su acepción peyorativa y su asociación con la oscuridad. De hecho, por entonces el sistema socioeconómico característico del Medioevo, el feudalismo, seguía prevaleciendo en el ámbito rural de muchos países bajo la fórmula del Antiguo Régimen, y solo sería combatido por las revoluciones que se sucedieron desde finales del siglo XVIII (Revolución francesa, 1789) hasta los inicios del siglo XX (Revolución rusa, 1917).

Sin embargo, durante el siglo XIX, el auge de los movimientos nacionalistas y el Romanticismo jugó una baza a favor de la Edad Media en tanto que identificaron en esta etapa el origen de muchas de las naciones modernas que se estaban configurando en forma de grandes Estados europeos. El folklore, además, parecía hundir sus raíces en esta etapa, y los románticos reivindicaron y recuperaron para el arte buena parte de este sustrato mitológico. Por lo tanto, el Medioevo se revalorizó, coincidiendo además con la estructuración científica moderna de las diversas disciplinas del conocimiento, entre ellas la historia, que a lo largo del siglo XX se consolidó como una más de las ciencias fácticas y contribuyó decisivamente a liberar a la Edad Media de sus connotaciones peyorativas.

Así pues, durante toda la segunda mitad del siglo xx y bien entrado el siglo xxi, la Edad Media no solo se ha considerado una de las grandes etapas de la historia de la humanidad, sino que también se ha consolidado como una de las más populares entre el gran público. A modo de ejemplo, muchas películas producidas en los últimos decenios han tratado sobre el Medioevo, y aunque es cierto que los *peplums* tal vez las han superado en número, algunos estudios académicos recientes demuestran que la Edad Media simple y llanamente arrasa en el entretenimiento actual, por tratarse de la etapa preferida para ambientar videojuegos.

Todo ello no debe verse como una casualidad o como el fruto de un capricho. Quien viaje un poco por Europa tal vez no visitará una cueva prehistórica, ni un poblado de la Edad del Hierro, ni una villa romana. Sin embargo, muy probablemente entrará en una iglesia medieval o visitará un castillo, o recorrerá un centro histórico definido por su urbanismo medieval, o se adentrará en una antigua judería, aunque a menudo no sea consciente de ello. Y tal realidad se hace especialmente patente y deliciosamente cotidiana en la península ibérica, donde buena parte de las poblaciones pequeñas conservan su iglesia románica y, las ciudades, sus catedrales góticas —aunque algunas de ellas reaprovechen una mezquita anterior—;

y donde resulta imposible fijar un catálogo definitivo de sus castillos y fortalezas debido a su sorprendente abundancia. Así, por cantidad, conservación y proximidad, el ingente patrimonio constructivo medieval en nuestro entorno, al que se le debe sumar el arte mueble, la arqueología y un espectacular corpus archivístico, sigue muy presente en la actualidad.

### Culturas y religiones en la península ibérica medieval

Dentro del variado panorama de la época, en la Edad Media peninsular destacaron tres grandes religiones, con sus culturas y sociedades específicas, a menudo conviviendo y otras veces en conflicto entre ellas. Por orden cronológico de llegada fueron: judíos, cristianos y musulmanes.

Efectivamente, los judíos documentados en la península durante la Edad Media son los descendientes de las primeras comunidades que se habían instalado en Hispania durante la diáspora de la época romana, producida a raíz de la revuelta de Bar Kojba (c. 135 d. C.). Así pues, el judaísmo llegó a las tierras ibéricas antes que el cristianismo, cuya llegada a Hispania se ha documentado con certeza solo a partir de mediados del siglo III. La tercera y última gran religión en llegar a suelo peninsular fue el islam, a partir

de inicios del siglo VIII. Es decir, judaísmo y cristianismo ya estaban bien asentados en la península ibérica antes del Medioevo, mientras que el islam irrumpió unos siglos más tarde. Fue este hecho, precisamente, el que marcó el inicio oficioso de la Edad Media peninsular, que solo se daría por finalizada cuando los contrapoderes cristianos lograron expulsar al poder musulmán de la península. Desde esta perspectiva, se puede afirmar que la historia medieval peninsular empieza con la llegada de los musulmanes y acaba con su expulsión.

En todo caso, el crisol religioso-cultural que surgió durante la etapa de dominio político musulmán constituye un *unicum* en el Medioevo de Europa, un continente donde los musulmanes —exceptuando un breve periodo de incursiones en el sur de la Galia y la articulación de un efímero emirato en Sicilia— no lograron el control territorial ni la influencia de largo alcance que sí consiguieron ejercer en la península ibérica. Y aunque, en un primer momento, se dio una coexistencia pacífica entre las tres religiones, la intolerancia fue ganando terreno a medida que avanzaba la Edad Media y la balanza de los intereses territoriales se decantaba hacia uno u otro lado, hasta que acabó por imponerse.

## Apuntes cronológicos

Se ha apuntado ya que la historia de la Edad Media peninsular empieza con la llegada del islam a nuestras latitudes a inicios del siglo VIII. Sin embargo, también se ha visto que la Edad Media se empezó a conformar a finales del siglo V, a raíz de todos los cambios que conllevó la caída del Imperio romano de Occidente. Entonces ¿dónde colocamos en la historia estos más de doscientos años de diferencia?

La tradición historiográfica de la península ibérica conoce estos dos siglos como Hispania visigoda, una etapa bisagra que algunos historiadores consideran aún dentro de la Antigüedad, si bien otros defienden que la formación y desarrollo del reino visigodo de Toledo consolidó el inicio de la Edad Media, derivado de la desaparición del Imperio romano de Occidente. Seguramente las dos visiones sean correctas porque los cambios de era son complejos y, mientras una etapa muere y otra nace, lo antiguo y lo nuevo a menudo se solapan. Lo que sí parece indiscutible es que el nacimiento y expansión del islam es un fenómeno que, definitivamente, cabe ubicar fuera de la Antigüedad, por lo que su llegada a Hispania resulta una convención muy cómoda para marcar el inicio de la Edad Media en la península. Esto no implica que se menosprecie la aportación de los visigodos al

nacimiento y la formación de la Edad Media. De hecho, un fenómeno medieval tan relevante como es el feudalismo hunde sus raíces en la sociedad visigoda.

En lo referente a cuándo finaliza la Edad Media peninsular, podemos establecer el límite sin debates mayores en el siglo XV, coincidiendo con varios acontecimientos internacionales (el Renacimiento en Italia, la invención de la imprenta en Alemania y la caída de Constantinopla a manos de los otomanos en 1453, esto es, la desaparición del Imperio bizantino) que se concatenaron con acontecimientos específicos del contexto ibérico: unión dinástica de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, descubrimiento de América y expulsión definitiva de los judíos sefardíes.

Estos mil años de historia medieval pueden subdividirse, a su vez, en tres grandes bloques subcronológicos:

- Alta Edad Media: larga etapa de gestación del feudalismo que cubre desde la caída del Imperio romano hasta más allá del cambio de milenio. Etapa de lenta recuperación demográfica y económica. Gran variedad en las expresiones artísticas, con el ecléctico «prerrománico» como movimiento genérico.
- Plena Edad Media: parte álgida del periodo, transcurre entre después del cambio de milenio

y el momento anterior al inicio de la crisis. Explosión del feudalismo. La demografía se desboca, renacen las ciudades y surge el comercio a gran escala. El románico imbuye el paisaje.

- Baja Edad Media: en esencia, los dos últimos siglos de esta época. Los cambios climáticos, las carestías alimenticias y la debacle poblacional causada por la llegada de la peste negra marcan una etapa final que también se caracteriza por profundos cambios sociales que darán paso a la Edad Moderna. Las grandes ciudades abrazan el estilo gótico.

### Algunos nombres propios del medievalismo hispano

Como ha sucedido con tantos otros periodos cronológicos, la investigación y el estudio de la Edad Media en lo que hoy es España se empezó a construir en base al documento escrito, con especial atención a las crónicas medievales y modernas, consistentes en una serie de relatos lineales tendenciosos que intentaban explicar y legitimar la formación de cada una de las diversas entidades políticas peninsulares. Ya los visigodos dejaron constancia escrita de cómo ellos veían su propia historia, y algunos personajes eclesiásticos politizados, como, por ejemplo,

el padre de la Iglesia Isidoro de Sevilla, ostentaron tal potestad. Así, a menudo se asimilaban la crónica partidista y el documento histórico, y se obviaba cualquier estándar mínimo de objetividad exigible en los análisis históricos actuales, situación que se extendió a todas las crónicas e historias redactadas durante el Medievo y buena parte de la Edad Moderna. En paralelo, los conocidos como gabinetes de antigüedades empezaron a rescatar y custodiar la materialidad de este pasado, principalmente una vez superado el Renacimiento.

La creación de la Real Academia de la Historia en 1738, concebida con la misión de elaborar una historia general de España, contribuyó a la fijación de los grandes periodos históricos peninsulares, entre los cuales la Edad Media, que seguía etiquetado como una etapa de paso sucia y oscura. Las cosas cambiaron a partir del siglo XIX, con la irrupción del Romanticismo como reacción a la racionalidad imperante. En ese momento, algunos intelectuales y escritores reivindicaron la irracionalidad como motor de la historia. La Edad Media les encajaba a la perfección en su idea de decadencia, por lo que empezaron a reivindicarla. Esto coincidió con el auge de los nacionalismos europeos, que identificaron el origen de sus respectivas naciones en los reinos medievales. Y a su vez, gracias al desarrollo de la historia como

ciencia fáctica y a su inclusión en el ámbito académico, se fueron incorporando distintos tipos de fuentes y técnicas para su estudio, un proceso en continua revisión que ha permitido desarrollar el conocimiento histórico con más nitidez y rigor y menos apriorismos.

El gran pionero en el estudio científico del Medioevo hispano es Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), fundador de la Escuela Filológica Española, desde la cual articuló un extenso y profundo análisis de la historia medieval de España, centrando su atención en las crónicas medievales y, más genéricamente, en la literatura de la época.

Sobresale también Claudio Sánchez Albornoz (1893-1984), fundador de la revista *Cuadernos de Historia de España* y presidente del Gobierno de la República española en el exilio, que ahondó en la lectura crítica de los textos medievales y logró confrontarlos con éxito con los datos provenientes de otras disciplinas como el estudio de las fuentes jurídicas. De hecho, su debate intelectual con Américo Castro en torno a la cuestión conocida como el «ser de España», refleja su esfuerzo por encontrar el origen de una pretendida esencia de lo español en el pasado medieval peninsular.

El siglo xx vio florecer también estudiosos destacados, con nombres como Luis García de Valdeavellano (1904-1985), José María Lacarra (1907-1987),

Jaume Vicens Vives (1910-1960), Julio Caro Baroja (1914-1995), María Luisa Ledesma Rubio (1927-1996), Marcelo Vigil (1930-1987), Abilio Barbero (1931-1990) y José Ángel García de Cortázar (1939). Cabe decir que algunos hispanistas extranjeros como Pierre Bonnassie (1932-2005), Michel Zimmermann (1937) o Roger Collins (1949) han aportado, *a priori*, una visión un poco menos politizada —o, tal vez, menos emocional— de la España medieval. Por su parte, se puede considerar a Alberto del Castillo (1899-1976) y Manuel Riu i Riu (1929-2011) los fundadores de la arqueología medieval española, al ser los primeros académicos en desafiar la vieja idea de que no era necesario aplicar el método arqueológico más allá de la época romana porque se afirmaba que para la Edad Media ya había suficiente documentación escrita, una idea que sorprendentemente estuvo en boga hasta casi finales del siglo xx.

## Un cambio de paradigma: la llegada del islam a los confines de Occidente

### Nacimiento y expansión del islam

A inicios del siglo VII, surgió en la península arábiga una nueva religión, el islam, que logró reunir bajo el liderazgo del profeta Mahoma a un fervoroso grupo de seguidores. Estos creyentes, convencidos de que el arcángel Gabriel había transmitido revelaciones divinas a Mahoma, afirmaban haber abandonado la *Yahilía*, es decir, la 'edad de la ignorancia'. Antes del advenimiento del islam, en Arabia predominaba un variado panteón politeísta, aunque también existían minorías de judíos y cristianos. Estas tradiciones monoteístas influyeron en la configuración de la nueva fe, como lo demuestra el respeto que el islam profesó y profesa por los profetas del «Libro» (la Biblia). El islam considera auténticos a los profetas del Génesis, si bien Mahoma, como último de ellos, pasa a ser el

guía espiritual definitivo para quienes hasta entonces habían seguido a Abraham y a Cristo.

Mahoma (Muhammad, *c.* 570-632) fue un huérfano perteneciente al clan de los Hāšimī, integrado a su vez en la tribu de los Qurayš. Durante su infancia quedó bajo la tutela de su tío, un caravanero, y gracias a los constantes viajes realizados junto a él pudo entrar en contacto con diversas tradiciones culturales y religiosas, lo que le proporcionó una valiosa experiencia. A los veinte años, esta experiencia le permitió asumir la dirección del negocio caravanero de una viuda acaudalada, Jadiya, con quien más tarde contrajo matrimonio y quien le brindaría un apoyo decisivo en su misión religiosa. En una ocasión, Mahoma, alarmado, le confió a Jadiya las revelaciones que, según afirmaba, le había transmitido el arcángel Gabriel. Ella consultó el hecho con su tío, un cristiano, quien concluyó que solo Dios podía estar hablándole a Mahoma.

El grupo de fervientes seguidores que se congregó en torno a las prédicas del nuevo profeta permitió articular, en muy poco tiempo, una comunidad política y social. Su carta de presentación ante el mundo, además de la nueva fe, fue un marcado impulso expansionista que condujo a la formación de un imperio en un tiempo extraordinariamente breve. Según algunas estimaciones, el islam llegó a abarcar hasta

el 20 % de la población mundial de la época. En una primera etapa, y aún en vida de Mahoma, la comunidad de fieles —*umma*— logró establecer un control efectivo sobre la mayor parte de los clanes familiares que habitaban la península arábiga. Estos clanes, organizados en tribus nómadas y seminómadas, tenían como principal actividad económica el comercio a larga distancia, aunque en las zonas más áridas, donde la agricultura resultaba inviable, la ganadería representaba también un recurso de importancia.

El control de Arabia incluyó la ciudad más importante de la región: La Meca, de donde Mahoma había sido expulsado en el año 622. Esta huida, conocida como la Hégira —el desplazamiento de La Meca a Medina—, se considera el nacimiento oficial del islam y marca el año cero de su calendario. En La Meca se veneraba, desde tiempos muy antiguos, una pequeña piedra meteórica conocida como la Kaaba. La tradición preislámica atribuía su origen a la época de Adán y Eva, y Mahoma la vinculó con el profeta bíblico Abraham, padre de Ismael, a quien los árabes reconocen como su ancestro común. La Kaaba pasó así a convertirse en el principal centro de veneración del islam y en el lugar al que todo buen musulmán debe peregrinar al menos una vez en la vida.

Tras la muerte del profeta, el islam supo aprovechar la debilidad interna de los imperios vecinos: el

romano-oriental (Bizancio) y el persa (Imperio sasánida). Ambos se encontraban profundamente afectados por la peste de Justiniano, que se había declarado en Bizancio a mediados del siglo VI (541-750) y que sufrió sucesivos rebrotes durante los siglos VII y VIII, especialmente en los territorios con acceso al mar Mediterráneo, cuyos Estados poseían costas y puertos. En cambio, las tribus árabes permanecieron ajenas a los efectos de la pandemia y, unificadas bajo la *ummah* creada por Mahoma, aprovecharon aquel inmenso vacío de poder, de población y de capacidad militar para conquistar amplias regiones del Próximo Oriente —como las regiones mesopotámicas de Armenia, Yazira, Fars, Jurasán (en el actual Irán)...— y las costas africanas del Mediterráneo oriental (los actuales Egipto, Palestina y Siria), bajo el liderazgo de los denominados califas perfectos o bien guiados.

Posteriormente, la dinastía califal de los Omeyas (661-750) alcanzó su máxima expansión territorial mediante la conquista del norte de África occidental (Ifriqiyya) y de casi toda la península ibérica (al-Ándalus).

Por su parte, los territorios del Mediterráneo oriental septentrional (las penínsulas de Anatolia y el Peloponeso, y las islas de Chipre y Creta), así como otras islas del Mediterráneo occidental (Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia), permanecían aún bajo

control bizantino, el único poder que logró contener el avance del islam hacia el este de Europa.

Para comprender la organización del islam y las razones de su rápida expansión, resulta esencial atender a la solidez estructural de la *ummah*. Todos los miembros de esta comunidad estaban unidos por un pacto de ayuda mutua. Aunque todos debían pagar un impuesto conocido como *zakāt*, esta obligación fiscal se veía ampliamente compensada por el reparto del botín de guerra: las cuatro quintas partes se distribuían entre los combatientes participantes en las campañas, mientras que la parte restante se destinaba a la «caja común» de la *ummah*, bajo control del califa.

Es preciso destacar también la relevancia de la figura del califa, considerado heredero tanto político como espiritual de Mahoma y, por ello, la máxima autoridad del islam en los ámbitos civil y religioso. De hecho, el término *califa* significa 'sucesor del enviado de Dios'. Salvando las distancias y con todas las reservas necesarias, su rol podría compararse, al menos en el plano espiritual, con el del papa en el cristianismo. Al igual que ocurrió con el papado, hubo momentos durante la Edad Media en que coexistieron dos o más califas, lo que generó duplicidades y profundos conflictos por la legitimidad del poder. Con el paso del tiempo, estas tensiones culminaron en la abolición

en 1924 del último califato, que se hallaba en manos del Imperio otomano. En la actualidad, el título de califa ha sido reivindicado por ciertos grupúsculos extremistas, cuya legitimidad no ha sido reconocida ni por la inmensa mayoría del mundo musulmán ni por la comunidad internacional.

En realidad, el origen de las disputas por la legitimidad del califato se remonta a la muerte del profeta en el año 632. Mahoma no había tenido hijos varones ni designado un sucesor, lo que desencadenó una agria pugna por el poder, centrada en torno a la cuestión de quién podía ser considerado el candidato legítimo. Desde los primeros momentos, las facciones se agruparon en torno a dos grandes clanes: el de Medina y el de La Meca, este último dominado por los Omeyas. En paralelo, surgieron tres grandes corrientes teológicas en relación con la sucesión:

- Los jariyíes o *jarichitas*, que sostenían que el califa debía ser la persona más capacitada, sin importar su parentesco con Mahoma ni su pertenencia a un clan determinado.
- Los sunitas, que defendían que el califa debía pertenecer a la tribu de Mahoma, es decir, ser de ascendencia *qurayší*. Esta rama ha sido la predominante entre las grandes dinastías califales.